zas y embota mis sentimientos, y tomo la Sagrada Escritura, y en seguida se me hace de nuevo la luz; una sola palabra abre a mi alma las perspectivas de lo infinito, la perfección me resulta fácil y atractiva y veo que es suficiente reconocer la propia nada y entregarse por completo a Dios, del mismo modo como un niño descansa en los brazos de su padre».

6

Dorothy Day, que de comunista militante se hizo jefe de un Movimiento Católico. Contando su conversión, después de consignar un recuerdo de su infancia dice: «Mi afán de buscar a Dios empezó en California... Yo estaba sentada sobre una mesa, como si fuera la maestra, y leía en voz alta una Biblia que había encontrado. Despacio, a medida que iba leyendo, una nueva personalidad iba apoderándose de mi, era yo presentada a alguien, y comprendí casi inmediatamente que estaba en camino de descubrir a Dios.

Sabía que acababa de descubrirle realmente porque me sentía sumamente excitada. Me parecía como si la vida fuese más llena, más rica, más invitadora en todos los sentidos. Allí había Alguién que yo no conocía antes y con todo sentía que nunca le olvidaría, que nunca me libraría de Él. El juego podrá ser lo de siempre, podrá tener nuevo rumbo, nuevos aspectos, mas la vida nunca volvería a ser la misma de antes».

7

Un día halló *Clément Roux* una Biblia encima de su mesa. Su primer impulso fue rechazarla, mas luego cambió de parecer y la abrió. Llama su atención un pasaje de San Pablo, el mismo que había convertido a San Agustín: «*Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Caminemos honestamente en pleno día y no nos entreguemos a los excesos de la mesa y del vino, a la lujuria y a la impudicia, a las riñas y a los celos. Pero vistámonos del Señor Jesucristo* (Rom. 13,12-14). Estas palabras le dejaron «profundamente conmovido», y desde entonces su conversión quedó decidida.

8

El célebre estadista *Donoso Cortés* hablando de la Biblia dice: «Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó a leer treinta tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas aun no ha acabado su lectura... Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus altas magnificencias».

9

San Jerónimo nos da este consejo: «Leed con frecuencia las Ecrituras. No dejéis nunca de la mano su

lectura... La vida de los santos es la mejor interpretación de las Escrituras... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne...

¡Ay de vosotros los ricos!

La Sagrada Escritura nos habla muchas veces de las riquezas, las que son buenas en cuanto son don de Dios, y lo que es malo en ellas es su abuso, o sea el apego pecaminoso a los bienes materiales. De las ocho bienaventuranzas consignadas en el Evangelio de San Mateo (5,3-10), San Lucas sólo recoge cuatro (6,20-22) y les añade las correspondientes maldiciones: *¡Ay de vosotros los ricos!...*

Jesucristo dijo: Nadie puede servir a dos señores: A Dios y a las riquezas, porque no es posible amar a dos señores de sentimientos opuestos, que tienen también fines diametralmente opuestos.

Es propio de la pasión del dinero ocupar todos el corazón del hombre y llegar al olvido de Dios y por eso el que haya entre ellos una oposición irreductible... Los que metalizan el corazón, difícilmente sirven a Dios, porque, como dice San Pablo, son idolatría «*culto a los ídolos*» (Col. 3,5).

De los que buscan el aplauso del mundo, dice Jesús: «*Ya tuvieron su paga*» (Mta. 6,2,5 y 16). Y al rico Epulón: «*Ya tuviste tus bienes*» (Lc. 16,25), es decir, tuvieron lo que deseaban y no desearon otra cosa. Por eso dijo Jesús: ¡*Cuán difícil es que los ricos se salven*!...

Hay un caso único en que la Biblia elogia al rico, y es éste: «*Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros*» (Eclo. 32,8) y lo explica en seguida: «*porque fue probado por medio del oro y hallado perfecto por lo que reportará gloria eterna, porque podía pecar y no pecó, hacer el mal y no hizo*» (Eclo. 31,10). Esta es una excepción entre los ricos, pues casi todos sucumben a los halagos del oro.

Textos bíblicos: *No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones los horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt. 6,19-21). Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón (Dal. 62,11). Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... vuesto oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros... (Sant. 5,1-3).*

A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y ateorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6,17-19). Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6,33). Teniendo con que comer y vestir, con esto estemos contentos (1 Tim. 6,8).

En el Antiguo Testamento, vemos que Dios da las riquezas (Eclo. 11,14s) y que son estimadas siempre que no supongan pecado. He aquí el comentario de algunos Padres. «El oro y la plata no son buenos ni malos; su uso es bueno, y su abuso malo; su codicia peor, y la usura pésima» (S. Bernardo. Serm. 4 de Advent).

– «Las riquezas no son un pecado; pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas mal...» (S. Crisóstomo. Homil. de Avarit.).

– Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las coge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (S. Clem. Alej. Lib. 3 Strom.).

– *¿Qué haré*, dice el rico del Evangelio, *puesto que no tengo donde encerrar los frutos? Y dijo: Voy a hacer esto: derribaré mis graneros, levantaré otros mayores, juntaré en ellos toda la cosecha y todos mis bienes. Y diré a mi alma: Ya tienes almacenados muchos bienes para muchos años: come, bebe, y pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Necio! esta misma noche te pedirán el alma, ¿y para quién serán las cosa que preparaste?...* (Lc. 12,16-20). San Basilio comenta: ¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: Esos graneros son los estómagos de los pobres hambrientos (Homil. in Destruam Horrea).

– El pan que guarda es del hambriento; los vestidos que encierras en tus cofres son de los desheredados; los zapatos que se pudren en tu casa, son de los descalzos (San Basilio Ib. n. 3).

– Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres: guardar lo superfluo es retener los bienes ajenos (S. Agustín Ps. 146, sent. 174).

El rico Epulón se condenó, no por tener riquezas, sino por hacer mal uso de ellas.

1

Ejemplos referentes a la riqueza

La señorita Walker, una millonaria del siglo XIX, se suicidó. ¿Por qué lo hizo? En su escritorio se encontró una esquela en la que, poco antes de morir, había escrito estas palabras: «Tengo arcas y cofres llenos de dinero y oro, pero ni hijos ni amigos. Estoy rodeada de hipócritas y aduladores que pretenden heredarme. Todos se hacen daño mutuamente por mi y creo que todos tienen razón en su mutuas acusaciones. Todos los hombres son malos. Por eso voy a la muerte».

La riqueza terrena no nos hace felices. Dura sólo cierto tiempo, y finalmente llega la muerte con su inexcusable demanda: «Entrégalo todo». Aún los más rico van sin un céntimo a la tumba. Es una locura apegarnos a lo que hemos de dejar aquí al morir.

2

Las riqueza son a veces obstáculo a nuestra salvación. *Newman*, nacido en el protestantismo, se hizo sacerdote católico. Y llegó a ser cardenal de la Iglesia. Discutía una vez con un pastor protestante que

se resistía a renegar de su secta porque los bienes de la tierra le impedían mirar libremente al cielo, y le dijo el cardenal:

– Buscad a Dios, pero con desinterés. Y escribiendo con gruesos caracteres la palabra «Dios», añade: Leed. El pastor leyó: «Dios» – ¿Veis bien la palabra? – Perfectamente, contestó.

– Pues bien sacad una moneda. El pastor le miró algo soprendido, pero se la entregó. Newman la tomó y, colocándola sobre la palabra escrita, insistió diciendo: Leed ahora. – Imposible, dijo el pastor. Ahora no veo la palabra.

– Aquí tenéis la explicación de por qué no queréis adjurar, contestó Newman. El oro impide ver a Dios.

3

¿No os habéis preguntado alguna vez por qué la posesión de grandes riquezas está unida tantas veces al peso de grandes desventuras?

Esto mismo preguntó una vez a Franklin una madre joven que tenía un niño pequeño cogido de la mano. Franklin, sin decir nada, cogio una manzana de una cesta que allí había y la dio al niño. Éste la cogió con gran alegría. Franklin le dio luego otra manzana, que el niño cogió con el mismo gozo con la otra mano. Entonces Franklin le dio una tercera. El niño quiso abarcar las tres y no pudo; se le cayeron todas al suelo rodando, y el pequeño empezó a llorar.

– ¿Ves? dijo el sabio a la madre. Aquí tiene un

hombrecillo que posee demasiadas riquezas para poder disfrutarlas. Con dos manzanas era feliz; con tres deja de serlo. ¿No pasa lo mismo a menudo a los hombres? – La avaricia rompe el saco...

4

La dama *Melania* romana, aunque cristiana estaba apegada a las riquezas. Un día que estaba pensando en el cielo, comprendió, por gracia de Dios, que si quería gozar del cielo, había de renunciar a los placeres de la tierra. Desde entonces cambió de modo de vivir. Renunció a toda pompa y se entregó a una vida de oración. Un pariente suyo, Volusiano, al volver de Milán a Roma y ver a Melania exclamó: «¡Ah, cómo has cambiado!» «No lo hice yo, sino el cielo, contestó ella; y pronunció de tal manera estas palabras que Volusiano, que era todavía pagano, se convirtió y se hizo cristiano.

5

Muchos ni entienden, ni atienden a otra cosa (en la educación de los hijos) que a dejarles dinero, riquezas y un patrimonio grande y opulento. Y los inclinan, no a la religión, no a la virtud, no a los estudios de las buenas letras, sino a la avaricia de amontonar hacienda. Ni cuidar de la honra ni de la salvación de sus hijos, con tal que sean ricos y acaudalados... De ahí es que trasladan a los hijos, no tanto sus bienes cuando sus maldades y abominaciones, y les

sirven de guía, no para el cielo, sino para los tormentos eternos del infierno (Catec. Rom. 3,5,22).

¡Ay del mundo por los escándalos!

Las palabras de Jesucristo nos ponen de manifiesto que el escándalo es un pecado muy grave y enorme. Esto lo indica la expresión: *Ay* del hombre... ¡Ay del hombre por cuya culpa viene el escándalo! (Mt. 18,6-7). Pecado ciertamente diabólico y satánico que impide la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y en otro lugar dice: que el día del juicio hará recoger por sus ángeles todos los escandalosos y arrojarlos en el fuego del infierno, donde habrá aullidos y rechinar de dientes, o sea, gran desesperación (Mt. 13,41).

Jesucristo dijo también: «Es forzoso que haya escándalos», pero entiéndase que esto lo dijo refiriéndose a las persecuciones, a las burlas, a las calumnias contra los justos... y porque en vista de la multitud de los seres corrompidos y de tanta malicia es imposible que no haya escándalos. Pero ¡*ay del que causa el escándalo*!... ¡Ay del que es causa que otras almas pierdan la inocencia y sean ocasión de pecados ajenos!...

Grande fue el crimen de Caín, pero es mayor el del escandaloso que mata el alma con infames ejemplos... Caín mató a su hermano Abel, y el Señor dijo a Caín: «*¿En dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra*» (Gén. 4, 9-10).

¿No es el escandaloso otro Caín? ¡Desgraciado!

¿En dónde está tu hermano, el inocente Abel? Su sangre que has derramado, aquella alma que has asesinado con tu mal ejemplo, clama venganza.

Textos bíblicos: *Dijo Jesús a sus discípulos: Es inevitable que haya escándalos (dada la malicia del mundo), pero ¡ay de aquel por quien vengan!... Al que escandaliza a uno de estos pequeñuelos que creen en Mi, mas le valiera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños (Lc. 17,1-2). El que siembra iniquidad cosecha desventura y todos sus afanes son vanos (Prov. 22,8). ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Alejad la vieja levadura para ser masa nueva (1 Cor. 5,6-7). Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y arrójalo de ti. Mas te vale entrar cojo o manco en la vida que, teniendo las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego del infierno... (Mt. 18,8).*

El escándalo, dice Santo Tomás, es una palabra, una acción o una omisión que carece de rectitud y causa la ruina al prójimo... Cuando uno dice o hace algo malo que induce a los demás a pecar, entonces se hace culpable de escándalo. El escándalo es, pues, un mal ejemplo que a otros arrastra al pecado. Un padre vg. que blasfema, que no santifica las fiestas, etc., es ocasión de que sus hijos también blasfemen y no vayan a Misa...

En general podemos decir, que da escándalo vg. el que anda borracho por las calles, el que delante de

otros usa palabras indecentes o echa maledicciones delante de los niños; el que presenta láminas pornográficas, publica libros impíos, escarnece en los periódicos las verdades de la religión o sus ministros, etc. El escándalo es diabólico si uno se propone como fin la perversión de las almas...

Hay que evitar el escándalo apartándose de un amigo, de un vecino o de cualquier otro que escandalice. Los que hayan cometido escándalos deben reparalos no sólo son palabras sino con el ejemplo y buenas obras...

San Gregorio Magno dice que tenemos obligación de evitar, en cuanto nos sea posible el escándalo de los prójimos; pero si de la verdad reciben escándalo, mejor es permitir que éste nazca, que desamparar la verdad (Homil. 7 sent. 22).

1

Ejemplos referentes al escándalo

Por una mala lectura. El 29 de diciembre de 1843 fue ajusticiado en Saint Gall (Suiza), ante una enorme muchedumbre, el reo Pedro Waser, quien antes de morir dijo con los ojos arrasados en lágrimas: El libro de Straus: «Vida de Jesús» me ha perdido. Antes fui muy hombre de bien y apacible, nunca olvidé mis oraciones. Este libro vino a mis manos, y presto perdí la fe. Creíme que la religión era patrañas para atemorizar a las gentes y que Dios, el alma, la eternidad, eran invenciones de los sacerdotes y religiosos.

Por esta mala senda pronto llegué a no respetar la vida de los demás. ¡Cuánto mal puede hacer un libro pernicioso que socava la fe y la moral!.

2

Por una ratería vista en el cine. La he oido referir, pero como ésta se dan miles de casos en la actualidad. En enero de 1912 ante el tribunal para menores en Francfort del Mein, un muchacho de doce años, alumno aún de una escuela y de familia honesta, por haber sido sorprendido arrebatando un bolso a una señora ante el escaparate de una tienda. El muchacho confesó al Tribunal que habiendo visto en el cine un hecho parecido, al hallar circunstancia favorable, quiso imitarlo.

No hay duda que es enorme la sugestión del crimen, viéndolo tan al vivo ante los ojos. El cine inmoral, como la televisión obscena pervierten a las masas con el mal ejemplo. Los gobiernos que toleran tanta enseñanza ponzoñosa y no quieren implantar la religión cristiana en todos los colegios ya desde niños son los culpables de muchos males que presenciamos.

3

En Amberes, en 1928, fue condenada a diez años de trabajos forzados María Smodders, joven de 16 años que había atentado contra la vida de su padre. Los jueces admitieron dos circunstancias atenuantes: la tierna edad de la acusada y el hecho de que se

había pervertido leyendo libros deshonestos que su mismo padre le había procurado. ¡Si, su mismo padre! Queriendo ahogar en el alma virginal de su hija la vocación religiosa, había puesto entre sus manos un libro pésimo, diciéndole: «Lee esto, y ciertamente no te harás monja».

La joven lo leyó y perdió no sólo la vocación, sino el mismo sentido de la moral, llegando al extremo de atentar a los dieciseis años contra la vida de su progenitor.

4

En un cementerio de Francia había un epitafio de un médico que decía: «Aquí yace aquel por cuya causa tantos otros yacen». Este epitafio serviría para un escandaloso, que con su mal ejemplo ha dado muerte a muchas almas.

5

– **Norberto,** primo del emperador de Alemania, llevaba una vida entregada por completo a los peores desórdenes, escandalizando aún a los más ligeros. A la edad de treinta y tres años se dirigía a un pueblecito de Wesfalia, acompañado de un solo criado. De repente el cielo se encapotó y se desencadenó una tempestad formidable. El criado asustado dijo a su señor: «Volved, volved, la mano de Dios seguramente está con usted». Norberto oyó otra voz que le decía, como un día a Saulo de Tarso: «Norberto, Norberto, ¿por

qué me persigues? Yo te he destinado a la edificación de mi Iglesia y tu escandalizas a los fieles». Al mismo tiempo un rayo, cayendo ante sus pies, le derribó de su montura, y Norberto se quedó desmayado durante una hora. al recobrar sus sentidos, vió toda la locura de su vida pasada. «Señor, clamó, ¿qué quieres que haga?». «Deja el mal y haz el bien, busca la paz...». Norberto, obedeció, cambió de vida y llegó a ser el fundador de la Orden premonstratense.

6

Cuando en el año 1870 los alemanes penetraron en Francia, un oficial francés (Gougenot des Mousseaux) fue a visitar a la vidente de Lourdes, Bernardita, quien a la sazón vivía en Nevers como monja. Al conversar con ella, le preguntó si no tenía miedo a los alemanes que se aproximaban. Al oir la respuesta negativa, el oficial siguió preguntándole: «¿De modo que no teme de nada?». «Señor, contestó con sencillez Bernardita, no temo más que una sola cosa: a los malos católicos».

¿Serán pocos los que se salvan?

Esta pregunta se la hizo un día uno a Jesucristo, y Él se limitó a decir: *«Esforzaos a entrar por la puerta estrecha»*. Según los Evangelios (Mt. 7,13; Lc. 13,24) da a entender que son más los que se condenan porque son más los que van por el camino ancho de la perdición.

Aunque Nuestro Señor Jesucristo no intenta determinar el número de los «elegidos», es necesario reconocer que nos pide esfuerzo en andar por el camino que nos lleva a Dios, y éste es estrecho: el de los vencimientos o de la cruz, el de las bienaventuranzas y el de sus mandamientos.

Sobre esta cuestión se nos habla en el libro IV de Esdras, y aunque este libro como el III no hayan sido declarados como «canónicos» por la Iglesia, si tenemos que saber que han sido tenidos en ella en gran estima y autoridades por haberse valido de ellos algunos Santos Padres de la Iglesia en sus escritos y también la misma Iglesia ha usado varias cláusulas del libro IV en la solemnidad de los divinos oficios.

Pues bien, en este libro IV se nos dice que son muchos más en número que los que perecen para siempre, que los que han de salvarse.

«Dijo el Señor a Esdras: Si quieres conocer cómo ha dispuesto el Altísimo la vida presente para muchos y para pocos la venidera, repara en el globo de la tierra y verás que siendo inmensas las porciones que da para que de su barro se formen muchas manufacturas o vasijas, es muy escasa la porción que presta para la formación del oro en sus ocultas minas, es decir, así como hay mucho más barro para hacer vasijas, pero poco polvo para encontrar oro, así son los muchos de este siglo. Muchos son ciertamente los creados, mas poco los que se salvan». (4 Esd. 8,2).

Y luego añade en el cap. 9,15-16: *«Antes hablé, y*

ahora digo, y lo diré nuevamente que, son más los que perecen que los que se salvan, como superan las olas del mar a una sola gota de agua».

Textos bíblicos: *Uno le preguntó: ¡Señor! ¿Serán pocos los que se salven? El les dijo: Esforzaos para entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos querrán entrar y no podrán (Lc. 13,23-24). Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. «¡Qué estrecha es la puerta que angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!» (Mt. 7,13-14). El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a si mismos lo arrebatan (Mt. 11,12).*

San Pablo en su carta primera a los Corintios (cap. 10) habla de los judíos que Dios llevó por el desierto en dirección a la Tierra prometida y que la mayor parte de ellos por no ser agradables a Dios fueron muertos en áquel desierto y de todos los que salieron de Egipto sólo, como sabemos, entraron en dicha Tierra Prometida, Josué y Caleb, y dice que «estos hechos, en efecto, acontecieron como en figura para nosotros, para que no codiciemos lo malo como ellos lo codiciaron» (1 Cor. 10,6), y esto debe hacernos pensar.

De hecho, si nos fijamos en el panorama actual del mundo, ¿Cuántos son los cumplidores de la Ley de Dios? ¿Cuántos son los que viven en gracia y frecuentan los sacramentos, que son los grandes medios de salvación? ¿Acaso no es exiguo este número

en relación con los blasfemos, los criminales, ladrones impuros y los que no dan culto a Dios en los días festivos?...

Si Cristo dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»*, ¿No son inmensamente más los que los quebrantan?... Algunos podrán decir: ¿Cómo es posible que sean más los que se condenen que los que se salven, si la Escritura Santa dice que Dios ama grandemente a los pecadores y quiere que todos los hombres se salven? Dios, dice San Agustín, quiere que todos se salven, más como nadie se salva sin su propia voluntad (porque tenemos libre albedrío), quiere que nosotros queramos el bien, para que queriéndolo, también Él quiera cumplir su designio.

De hecho sabemos que Dios no nos da el cielo *gratis*, pues quiere que nos esforcemos en hacer buenas obras y guardar sus mandamientos (2 Ped. 1,10; Mt.19,17). Dios reprende por no corresponder a sus gracias (Is. 5,4; Mt. 11,20-21). El nos dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna...»* Notemos que dice: *«Si quieres»*. Luego el hombre es libre para obrar el bien o no obrar. *«Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado»* (Eclo. 15,18). *« Ved, que yo os pongo delante bendición y maldición; la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios; la maldición, si no lo cumplís»* (Dt. 11,26-28).

Los que se condenan, por tanto, no es «porque no

pudieran ser buenos, sino «porque no quisieron ser buenos». Y como dice el apóstol San Juan, los que se condenan es porque *«viniendo la luz al mundo, los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas»* (Jn. 3,19).

1
Ejemplos referentes a la salvación

Según un artículo de C. Sentís en el diario A.B.C., en 1923 se reuniron en un hotel de Chicago los prohombres del mundo financiero norteamericano, los cuales controlaban riquezas mayores que el mismo tesoro del Estado.

Pues bien, todos aquellos señores terminaron sus días del siguiente modo: El presidente de la más importante compañía del acero, Carlos Schwab, vivió los últimos años de su vida arruinado y murió súbitamente.

El más grande especulador de trigo, Arturo Gutten, murió insolvente en el extranjero. El mayor de los colosos de Wall Street, José Livermore, el presidente del Banco Internacional de Inversiones, León Fraser, y el jefe del más importante monopolio del mundo, Iván Kreuger, se suicidaron.

Estos son los cambios de esos personajes en 25 años. El artículo termina diciendo que todos ellos habían aprendido a ganar dinero, pero ninguno de ellos había aprendido lo más importante. No habían pensado en la salvación de su alma, y como dice el adagio: «El que se salva, sabe; el que no, no sabe nada».

2

Un joven frívolo, al ser amonestado una vez para que enmendara su vida, contestó con cierto orgullo: «Aún tengo tiempo. Si no me divierto ahora, en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas...». «Aún tengo tiempo». ¿De veras? ¿Tan cierto es que lo tienes? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, cincuenta o sesenta años de vida? ¿No dijo más bien: *«Estad prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre»* (Lc. 12,40). Notemos que el Señor no nos dice que nos preparemos, sino que «estemos preparados», porque la muerte nos puede sorprender en cualquier momento. ¡Se vive una sola vez!

3

Dos caballeros jóvenes, amigos, uniérense cierto tiempo y después se separaron. Uno de ellos fue a una corte principesca y llegó a ser un gran señor y vivía lujosamente sin el menor pensamiento sobre el alma y la vida eterna, y el otro se hizo capuchino. Al cabo de muchos años que no se veían se econtraron en un viaje. Y el primero al ver el capuchino, demacrado y envejecido, le dijo:

– ¡Ay, amigo, te has equivocado! Debías haber venido conmigo; hubieras hecho fortuna. A los que replicó el capuchino:

– Amigo, si yo he errado, el daño es para poco

tiempo; en cambio, si eres tu el equivocado, el daño será nada menos que de una eternidad. Con mis penitencias yo espero salvarme eternamente; mientras que tú con toda tu fortuna y delicias, estás en peligro de perderte para siempre.

Amad a vuestros enemigos

En la Sagrada Escritura se nos revela que «Dios es amor» (1 Jn. 4,8) y esta es la razón de nuestra existencia, pues, como dice San Agustín, «nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama, y Él es el que nos ha dado estos dos mandamientos: *«Amarás al Señor, tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los Profetas»* (Mt. 22,37-40).

San Juan de la Cruz nos dice: «En la tarde de la vida se nos examinará del amor». Este será el examen del fin de carrera de esta vida, y ¿de qué tendremos que dar cuenta en este examen? De la generosidad, de la entrega, del sacrificio en favor del prójimo, de cómo hemos sabido posponernos a los demás por la paz y el bien de todos, de sobrellevarnos mutamente con paciencia y abnegación, de cómo hemos aceptado las ingratitudes o bien las cruces enviadas por Dios...

Textos bíblicos: *Toda la ley se resume en este mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*

(Gal. 5,14). Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para hacer salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?... (Mt. 5,44-46).

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos (Jn. 15,12-12). Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriendos al bien... No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien (Rom. 12,9)

Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros (Mt. 7,12). No amemos sólo de palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad (1 Jn. 3,18).

«Amar al prójimo como a sí mismo» es hacer que todo lo bueno, todo lo noble, todo lo hermoso y todo lo grande que quiero para mi, quererlo para él... Lo más hermoso es «bendecir a los que nos persigan y bendecir o hacerles el bien posible a los que nos maldigan. «*Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber...*», y es que el amontonamiento de beneficios obligará al enemigo a dolerse y arre-

pentirse de sus malas obras, y avergonzado se acercará más a su hermano encendiéndose en amor hacia él.

Al enemigo lo hemos de odiar, como dice San Agustín, por lo que hay de malo en él, es decir, debemos odiar su inquietud, y amarle por lo que hay de bueno en él, es a saber, su cualidad de criatura social y racional.

«Cualquier que desee tener a Dios en gran manera misericordioso para con él, ponga sus enemistades en sus divinas manos, perdone toda ofensa y haga oración de veras por sus enemigos, aprovechándose de toda ocasión para hacerles bien» (Cat. Rom. 4,14-23).

«Soportaos unos a otros con caridad» (Ef. 4,1). El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie, no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve» (S. Buenaventura).

«Ponte en lugar del prójimo, y pon al prójimo en el tuyo y así juzgarás rectamente» (S. F. Sales). ¿Qué habrías hecho tu en tales circunstancias, con su poca formación y las mismas pasiones?...

1

Pensamientos referentes al amor al prójimo

Siendo San Pacomio todavía gentil, pasó por el pueblo, donde él vivía, una legión de soldados romanos. Observó el santo que algunos del pueblo buscaban y obsequiaban con amor a algunos de los soldados. Llamábale esto la atención a Pacomio porque no veía por donde aquellos soldados podían tener en

el pueblo tantas relaciones y conocimientos; y preguntó por qué así se saludaban y obsequiaban áquellos. Dijéronle:

– Es que esos son cristianos y se profesan un cariño y amor especial sólo por ser cristianos.

Conmovióle este amor a Pacomio y se hizo cristiano, creyendo que tal religión necesariamente había de ser buena. Verificóse lo que Jesucristo había dicho: *«En eso se conocerán que son mis discípulos»* (Jn. 13,35).

2

El redactor jefe de («Il Tribuno» exalaba todas las mañanas su bilis declamando contra los curas y, particularmente, contra Pio IX. Así se ganaba el pan de cada día con satánico placer.

Hallábase un día escribiendo un artículo más furibundo quizá que los otros, cuando sufrió un ataque de apoplegía y fue conducido al hospital. ¿Quién se encargó de cuidar a la familia del desgraciado? No fueron las sociedades secretas ni el gobierno revolucionario, sino que fue el propio Pio IX. – «Aquí, dijo el santo anciano, se nos presenta la ocasión de hacer bien a un enemigo».

3

El Marqués de Comillas, que Severino Aznar llama «el procer que más tiempo y más dinero ha consagrado al obrero español» amaba a todos entrañable-

mente, especialmente a los necesitados. Él fue el que condujo 18.000 obreros españoles a Roma, para postrarse a los pies del Papa León XIII. Esta peregrinación la tomó a su cargo. Logró un éxito rotundo. Verdaderamente fue espléndida la primera aparición en el campo internacional de la acción social española.

La diferencia enorme entre el gasto y el coste de todos cargó a cuenta de Don Claudio, el generoso Marqués que acompañó durante todo viaje de ida y vuelta a los obreros, y ya en Roma, él y su esposa recorrieron los albergues y hospederías para que nada faltase y en todo se guardase orden.

4

A estos ejemplos de amor al prójimo y a los enemigos podíamos añadir muchos más, pero me limito a insinuar los siguientes de los que nos habla en la Biblia. Primeramente el ejemplo de Jesús orando por sus enemigos: *Padre, perdónales, que no saben lo que hacen* (Lc. 23,34); Esteban, protomartir, ora por sus verdugos (Hech. 7,59); David respeta a Saúl en el desierto de Engaddi (1 Sa. 24); David trata con suavidad a Semei (2 Sam. 16,5 ss), etc.

Yo soy el pan de vida...

«Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original». He aquí los dos grandes amores de España: La Eucaristia y la Inmaculada. Hablaremos primero de la Eucaristía:

¿Qué es la Eucaristía? La Eucaristía es el sacramento en que Jesucristo se da a los fieles bajo las especies de pan y vino. Además de sacramento es sacrificio, el único de la religión cristiana. Se llama Eucaristía (que en griego significa «acción de gracias»), porque Jesucristo inmediatamente antes de instituirla dio gracias a Dios, y porque en el rito de la consagración, en la santa Misa, también damos gracias a Dios.

Jesucristo instituyó la Eucaristia, porque quería que en la ley de gracia hubiese un sacrificio limpio, una hostia agradable... Él quiso ofrecer su cuerpo y sangre en verdadero sacrificio para aplacar la ira de Dios y reconciliar todo el mundo con Él. Y este mismo cuerpo y sangre que se había de ofrecer en la cruz, nos lo quiso dejar perpetuamente en la Iglesia debajo de las especies de pan y vino.

Además instituyó este sacramento porque quería unirnos consigo y por medio de Sí mismo con el eterno Padre ya acá abajo y luego eternamente en el cielo queriendo ser para nosotros manjar de eternidad.

Lo que movió al Señor a instituir la Eucaristía fue su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas y su amor sin límites: *«Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos»* (Jn. 15,15).

Textos bíblicos: *Viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn. 13,1). Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo y que da vida al mundo; quien comiere de*

este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne. Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna y Yo le resucitaré en el último día: porque es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida... (Jn. 6,51-55).

Jesucristo, (la víspera de su Pasión) tomó el pan en sus manos, lo bendijo, lo partío y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed: ESTO ES MI CUERPO que será entregado por vosotros... Y tomando un cáliz y dando gracias se lo dio diciendo: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE... Haced esto en conmemoración mía (Mt. 26,26-28; Lc. 22,19) «Desde que sale el sol hasta el ocaso, grande es mi nombre entre las naciones y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mio una oblación pura (Mal. 1,11). No hay nación tan grande que tenga a sus dioses tan cercanos, como lo está de nosotros nuestro Dios (Dt. 4,7).

¿Por qué sabemos que Jesucristo está presente en la Eucaristía, si como dice Santo Tomás, los sentidos no lo perciben, ni nuestro entendimiento lo comprende? Porque el mismo Cristo que es Dios nos lo dice y su Iglesia nos lo enseña y porque la Escritura santa dice: *«El que come indignamente de este pan, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor...»* (1 Cor. 11,27-29).

En virtud de las palabras de la doble consagración y del mandato de Cristo: *«Haced esto en memoria mia»*, se repite cada día en nuestros altares por el ministerio de sus sacerdotes, el mismo sacrifi-

cio de Cristo en la cruz.

El sacrificio de la Misa es, pues, es el mismo sacrificio del Calvario, y fue anunciado cinco siglos antes por el profeta Malaquías, quien dijo que vendría un día que en todo lugar se ofrecería al Señor un sacrificio puro, el mismo que se realizó en el Calvario, actualizado y renovado en toda la redondez de la tierra. Este sacrificio sustituiría a todos los antiguos sacrificios.

San Ambrosio hablando de la Eucaristía dice: «Antes de consagrar el pan que está sobre el altar, no es más que pan común y ordinario; pero pronunciadas las palabras de Jesucristo, es el cuerpo de Jesucristo... Oid lo que el mismo dice: Tomad y comed todos de él, porque *este es mi Cuerpo*. Antes de las palabras de Jesucristo sólo hay en el cáliz vino y un poco de agua mezclados; pero después de lo que han obrado las palabras de Jesucristo (que son las de la consagración), se convierte en su sangre, la cual recibió su pueblo» (Lib. 4 Sacram. c. 5, sent. 108).

Jesucristo insituyó la Eucaristía no sólo para ofrecerse por nosotros en sacrificio, sinó también para ser nuestro alimento y nuestro compañero. Más entre Cristo y nosotros hay una unión más íntima que la que existe en el alimento ordinario, y una gran transformación, pues como la Eucaristía no es un alimento «muerto», sino «vivo» lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento «vivo espiritual» en nosotros, sino que Él por ser de naturaleza superior, nos cambia a nosotros en Él, o sea, en *nuevos hombres*,

haciéndonos más castos, más humildes, más caritativos y santos... y así haciéndonos semejantes a Él. Para acercarnos a comulgar debemos estar en gracia.

1

Ejemplos referentes a la Eucaristía

El célebre Daniel O'Connell, gran orador y defensor de la libertad de Irlanda (m. 1847) era un piadoso y ferviente católico. Un día, encontrándose con algunos protestantes se burlaron éstos de él porque creía en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y en todos los milagros de este gran misterio. Pero el valiente católico respondió, sin más: Deberíais conocer el Evangelio e iríais a una con Jesucristo; Él lo dijo, y por eso yo creo».

¿Qué más se puede responder a quien presenta la duda? Jesucristo, el Hijo de Dios lo ha dicho: Él no puede engañarse ni engañarnos.

2

Monseñor Mermillot, obispo de Ginebra, siendo simple sacerdote, convirtió a una protestante sólo con hacer una genuflexión ante el Santísimo.

Tenía la costumbre de ir todas las noches a la iglesia para arreglar la lámpara y rezar un poco. Esto hecho, se dirigía al pie del altar, doblaba lentamente las rodillas y besaba el suelo en señal de profunda adoración. Y he aquí que un día, al levantarse de estas devociones, oyó un ruido y vio que salía del con-

fesonario una mujer.

– ¿Qué hace aquí a estas horas? Le preguntó.

– Yo soy protestante – respondió ella; he oido uno de sus sermones sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y he quedado convencida; pero me quedaba la duda de que si usted creía lo que ha dicho; por eso he venido a comprobar su comportamiento para con la Eucaristía. He venido, he visto y creo, y desde este momento soy católica. ¡Confiéseme usted!

3

Un niño de diez años volvía muy contento del catecismo porque iba a hacer pronto su primera comunión. Un señor incrédulo le hizo esta pregunta: – Tu crees que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está en todas las hostias consagradas, ¿no es así? –Ciertamente. Pero ¿cómo puede ser esta verdad, si tu dices en el Padrenuestro que dios está en el cielo? A lo que dijo el niño: Dispense, ¿sabe usted el Credo? – Sí que lo sé. Veámoslo. «Creo en Dios Padre todopoderoso...»

– Basta, interrumpió el niño. Si Dios es omnipotente, puede hacer todo cuanto quiere: y por eso puede estar en el cielo y en la Eucaristía y en todas las hostias consagradas.

4

Un misionero que se encontraba entre infieles en una región de América para ganar almas para Jesu-

cristo, bautizó entre otros y dio la comunión a un niño salvaje después de haberlo instruido en religión. Después marchó a otros lugares.

Vuelto en aquella región al cabo de un año, vio el misionero que venía a su encuentro aquel niño, que alegremente decía: Padre, deme la sagrada Comunión. Sí, hijo, respondió el misionero, pero antes tienes que confesarte; en un año puedes haber hecho pecados...

– ¿Qué dice, padre? ¿Pecados?, respondió extrañado el muchacho. ¿Es posible pecar despues de haber recibido el bautismo y la comunión? Gracias a Dios, yo no he vuelto a pecar.

Ved qué gracias reporta y qué efectos puede obrar una sola comunión bien hecha: ¡cambiar al pobre salvaje en un santo!.

5

¡Cómo apreciaba al cardenal Newman la sagrada Eucaristía! Era pastor protestante. Estudió la doctrina católica y luchó muchos años antes de convertirse. Finalmente, no pudo resistir más tiempo a la atracción de la santísima Eucaristía y se decidió a abrazar el catolicismo.

Poco antes de su conversión, uno de sus amigos intentó disuadirle del paso que iba a dar: ¡Piensa bien lo que vas a hacer! Si te haces católico pierdes tus considerables ingresos: 4.000 libras al año.

Newman no contestó más que esto: Y ¿qué son estas 4.000 libras esterlinas en comparación de una comunión?

6

El Padre Lacordaire, encontrándose en Soreze, hizo un viaje a París con la intención de regresar la misma tarde. Se trataba de su candidatura como miembro de la Academia. Uno de sus amigos le rogó se demorara un día más en París, pero el Padre le contestó: «No; hay penitentes que me esperan. No puede calcularse cuál es el fruto perdido por una comunión menos en la vida de un cristiano». Y partió al instante.

Pensemos en el valor de una comunión y preparémonos debidamente a recibirla.

7

Para demostrar cómo reparte Cristo su gracia en la Eucaristía el mismo Señor puso una comparación a Santa Catalina de Siena:

«Si tu, hija, le dijo en una visión, tuvieras encendida en tu mano una candela y todo el mundo viniera a tomar de ella, ¿no repetiría la luz y el fuego sin disminuir? Cierto es; pero si, de los que fuesen llegando a encender, unos trajesen candelistas de cuatro onzas, otros velas de libra, otros cirios grandes y gruesos, ¿No te parece, aunque todos llevaran luz y fuego, más fuego y más luz llevarían los de gruesos cirios que los de candelitas pequeñas? Pues así sucede con el sacramento de mi amor».

Por eso, aunque es cierto que el sacramento produce de suyo una gracia que todos reciben, es cierto tam-

bién que la cantidad de esta gracia depende las disposiciones con que lo recibimos. De ahí la necesidad de una preparación fervorosa. No lo olvidéis. Tanta mayor luz llevaréis cuanta mayor sea la preparación.

Dios te salve María, llena de gracia...

Un ángel descendió del cielo y saludó a la virgen María, que vivía en Nazaret, proclamándola Madre del Altísimo. Dios quiso hacerse hombre y venir a la tierra para redimirnos y vino por medio de la Virgen. Ella es, pues, la Madre de Dios. He aquí el gran dogma mariano, fundamento de todas las gracias, privilegios y grandezas de María, la causa de todas las perfecciones y la raiz de toda su gloria.

En la Sagrada Escritura leemos: *«cumplido que fue el tiempo* (anunciado por los profetas) *envió Dios a su Hijo nacido de una mujer* (Gál. 4,4). *«María de la cual nació Jesús, llamado Cristo»* (Mt. 1,16).

En estos textos vemos claramente que María es Madre de Jesús, y como Jesús es Dios, por esos decimos que Ella es la Madre de Dios. Ella, pues, es la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Además la expresión «Hijo de Dios», nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Dios y hombre verdadero?, y ¿qué es María al engendrar un Hijo sino Madre de Él?

Y porque la Virgen María es Madre de Dios, por eso fue adornada con toda clase de gracias y es llamada con razón: la llena de gracia, la bendita entre todas las

mujeres, y es la Inmaculada, la exenta de todo pecado original y actual y la Medianera de todas las gracias.

Textos bíblicos: *Dios te salve, llena de Gracia, el Señor es contigo... bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.. (Lc. 1,28 y 42). Eres toda hermosa y no hay mancha en ti (Cant. 4,7). Pongo enemistad entre ti y la mujer entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza, cuando tu le asedies el calcañal (Gén. 3,15). Todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mi cosas grandes el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc. 1,48-49).*

No temas María... concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1,30-32). Cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer (Gál. 4,4). ¿De dónde a mi que la Madre de mi Señor venga a visitarme? (Lc. 1,43).

Notemos con Santo Tomás que decimos que la Virgen es Madre de Dios no porque sea Madre de la divinidad (o sea, de la naturaleza divina anterior a Ella), sino porque es Madre según la humanidad de una Persona que tiene divinidad y humanidad.

María también es Madre nuestra y Madre de la Iglesia, o sea, Madre de todo el Pueblo de Dios. Es nuestra madre espiritual. Ella no tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de Ella como la recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma, la vida de la gracia.

Si todos los fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que Él es la Cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima virgen Madre de Cristo-Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo. Como dice el Concilio Vaticano II, María es Madre nuestra «en el orden de la gracia (Lg. 61), por haber cooperado con Jesús en la restauración de la vida sobrenatural de las almas».

Por ser la Virgen Medianera ante el Mediador Jesús, a través de Ella Dios nos puede conceder muchas gracias y por lo mismo le hemos de tener mucha devoción, pues como dicen muchos santos, especialmente San Alfonso Mª de Ligorio, «es imposible moralmente hablando que el verdadero devoto de María se condene».

1
Ejemplos referentes a la Virgen María

En el Concilio de *Éfeso*, el 22 de junio del año 431 los obispos declararon contra el hereje Nestorio como dogma de fe la piadosa creencia de que María es realmente Madre de Dios. Al concluirse la sesión, el pueblo acompañó alborozado a los prelados a sus residencias, llevando antorchas, tirando flores y alfombras por donde pasaban... Hubo iluminación festiva en toda la ciudad y por todas partes se oían estas frases: «María es realmente Madre de Dios. ¡María,

Madre de Dios, hoy como ayer! Lo será siempre».

En los balcones y fachadas de las casa pusieron «Santa Maria, Madre de Dios...». Y desde entonces quedó compuesta la segunda parte del Avemaría. (La primera parte es bíblica, pues está compuesta por las palabras que dijo el arcangel San Gabriel al saludar a la Virgen, y por las de Santa Isabel, llena del Espíritu Santo,cuando fue la Virgen a visitarla).

La Iglesia tributa a la Virgen María un culto especial por ser la Madre de Dios, y no existe lugar alguno en el mundo cristiano donde no veamos levantadas iglesias, capillas o altares donde no se venere con gran devoción.

2

En el despacho de un insigne protestante, el mariscal Hindenburg, presidente del Reich alemán en tiempos difíciles, se veía, para asombro de muchos y en lugar preferente, una lindísma imagen de María Inmaculada. Un visitante se atrevió a preguntar a Hindenburg por qué rendía él, como protestante, aparente culto a María. El mariscal contestó con sencillez: «Veo en la Madre de Cristo, la encarnación de todos los grandes valores necesarios a mi vida».

¡Lástima que tantos católicos no sintamos tan profundamente esta verdad al acordarnos de María!

3

Ocurrió unos meses después de la batalla de Adua,

en que fueron derrotados los italianos (1896). Un día el emperador Abisinio llamó a un prisionero de guerra italiano y, delante de todos los presentes, leyó la siguiente carta: «Soy una pobre madre de uno de los prisioneros de guerra, Gran emperador, tened piedad y devolved a una desgraciada mujer su hijo. En nombre de la Madre de Dios, os lo suplico. En nuestra iglesia he ofrecido una vela ante su imagen y me ha parecido que María me sonreía y me decía: «Ten confianza, Menelik te devolverá a tu hijo». Y así, en nombre de ella, te pido nuevamente a mi hijo».

Silencio de expectación. El emperador se vuelve al prisionero y le dice: Eres libre. Vuelve a tu casa. Aquí tienes dinero para el viaje, y di a tu madre que no fue Menelik, sinó María quien te devolvió la libertad. Ella es también mi madre. Si la Madre dice «sí», yo no puedo decir «no».

4

Una tarde se presentó un anciano al Padre L'Ermite. Padre, deseo hablarle. En este caso, vayamos a la sacristía; allí estaramemos mejor. Permítame conocerle.

Se incorporó ante él. Alto, delgado, distinguido, con cabellos muy blancos.

– Soy un antiguo soldado de Leopoldo I.

– ¿De Leopoldo?.

– Sí.

– Entonces, ¿cuántos años tiene usted?

– Noventa y tres.
– Mi ennorabuena. Está magnificamente conservado.
– Sí, físicamente; pero, por desgracia, mi alma...
– El Señor usa de misericordia...
– Sí conmigo, Padre. Lo sé, vengo de lejos... Desde mi primera comunión no había vuelto a acordarme de Dios.
– Y ¿cuál es la causa de su vuelta, hoy, a Dios?
– Es muy largo de contar; ha sido una predilección de la Virgen. Prometí rezarle tres Avemarías y Ella se ha encargado del resto. Me ha llevado a sus pies con ganas de reconciliarme.
El anciano estaba conmovido. Se confesó y recibida la absolución, comenzó a llorar.
– Son lágrimas de gozo que no he experimentado desde mi niñez. ¡Un triunfo más de la Virgen!.

5

Acudamos a la Virgen. Contaba un soldado francés, y yo oí un caso parecido, estando de capellán militar en el frente de nuestra guerra de liberación, a uno español, cómo había salvado de muchas batallas, y decía:
– Ora una bala enemiga me rompía la bayoneta; ora una bomba me daba en la cartuchera, haciéndola saltar; ora un proyectil zumbaba en mis orejas, mas nunca tuve la menor herida. Y preguntándole yo: ¿Y no tenías miedo?
– ¡No, nunca! Yo decía siempre una oración que me enseñó mi madre, por la que creía inmune de toda

desgracia.

–¿Qué oración era esa?: «¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!». Esta oración me ha salvado de la muerte y de la desgracia.

6

Un bandido convicto de varios asesinatos estaba en capilla en la celda de los condenados, aguardando el momento en que había de ser llevado a la silla eléctrica. El capellán de la cárcel había hecho todos los esfuerzos imaginables para inducirlo a recibir los sacramentos, mas todo había sido en vano.

– Márchese, ¡déjeme solo!, decía solamente. El sacerdote lleno de cordial compasión dirigió una oración rápida, pero ferviente a la Virgen, y luego dijo al criminal: Me iré, puesto que usted lo desea, pero antes quiero pedirle un favor.

– Bien, ¿qué es?

– Digamos los dos juntos un Avemaría.

Comenzaron los dos a rezarla, y ya a las primeras palabras la gracia del arrepentimiento invadió áquel duro corazón. Con lágrimas en los ojos pidió el sacramento de la penitencia y la absolución de sus pecados, y murió en santa paz con Dios, con el rosario en las manos y el nombre de María en los labios.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan...

Debido al pecado original de nuestros primeros padres entraron con él en el mundo el trabajo penoso, el

dolor y la muerte. Hablaremos de estos tres temas. Empezaremos, pues, por el tema del trabajo.

El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: «*Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...*» (Gén. 3,19).

El trabajo es hoy una ley *santificadora*, una ley preservadora del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios.

Todo trabajo honrado y noble es agradable a Dios y puede ser un gran medio de santificación. el que no trabajo o trabaja mal y cobra como si trabajara es un ladrón.

Si no estudias o no aprovechas suficientemente el tiempo, estás faltando a la justicia, porque estás robando a tus padres y a la sociedad.

Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios y puede ser un gran medio de santificación. El que no trabaja o trabaja mal y cobra como si trabajara es un ladrón.

Si no estudias o no aprovechas suficientemente el tiempo, estás faltando a la justicia, porque estás robando a tus padres y a la sociedad.

Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios, es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

Textos bíblicos: *El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job 5,7). El que labre la tierra tendrá pan abundante (Prov. 28,19). La ocio-*

sidad enseña muchas maldades (Eclo. 33,29). Por ti (por tu pecado) será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida... Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido formado... (Gén. 3,17-19). No hemos vivido entre vosotros en ociosidad... y mientras estuvimos entre vosotros, os advertíamos que el que no quiere trabajar que no coma (2 Tes. 3,7 y 10).

La ley del trabajo es universal, pues pesa sobre todos y nadie está dispensado de él, ni ricos ni pobres. El trabajo nos obliga como hombres, como pecadores y como cristianos.

1) *Como hombres.* «El hombre nace para trabajar, como el ave para volar». Es una ley natural impuesta por Dios a nuestros primeros padres, pues los colocó en el paraiso terrenal para cultivarlo y gardarlo (Gén. 2,15).

2) *Como pecadores.* Al pecar Adán, el trabajo, que antes de su pecado no tenía razón de pena, se convirtió en castigo, que Dios impuso a él y a su descendencia. Hoy el trabajo, como hemos dicho es una ley santificadora, mientras que la ociosidad es madre de todos los vicios.

3) *Como cristianos.* Somos seguidores de Cristo y Él nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, fue ¡el obrero de Nazaret! al lado de San José y *«todo lo hizo bien»* (Mc. 7,37) y luego en su vida pública nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos.

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza.

San Jerónimo nos dice: «Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos».

1

Ejemplos referentes al trabajo

El *B. Antonio Grassi*, Prepósito del Oratorio de Fermo, era muy enemigo del ocio, origen de todos los vicios y capital enemigo de todas las virtudes. Por esto decía: «No perdamos tiempo, pues uno de los mayores tormentos del infierno, es el tiempo perdido». Y al hablar así enseñaba con el ejemplo a huir de la ociosidad, viéndose ocupado en las horas más molestas del día, para no dejarse vencer de tan capital enemigo, en coser y remendar sus pobres vestidos.

2

Como Prior (en Segovia), *San Juan de la Cruz*, además de haber mudado el Convento a mejor sitio y comenzado la obra, cuidó la dirección, alivio y aprovechamiento espiritual de sus súbditos. Trabajaba en la obra, ayudando a los peones con sus propias manos como si fuera uno de ellos, dándonos este ejemplo de tanta humilad.

3

Estaba para morir un honrado labrador. Sabiendo que tenía unos hijos poltrones e indolentes, los llamó junto a su lecho y, para obligarlos a trabajar, les dijo: «Os dejo en herencia un campo en el cual está escondido un tesoro. Después de mi muerte, cabad el campo y buscadlo por todas partes».

Ellos, en efecto, una vez muerto el padre, se pusieron a cavar con gran diligencia y no dejaron un palmo de terreno sin remover. ¿Qué encontraron? Nada precioso; pero áquel terreno, tan trabajado y removido, produjo abundante cosecha. Y este es el tesoro a que aludía áquel buen padre.

4

Ejemplo admirable de amor al trabajo fue en la antigüedad Plinio el Viejo, célebre escritor del tiempo de los emeperadores Vespasiano y Tito.

A pesar de que su vida transcurrió en el ejercito o en el ejercicio de las magistraturas, supo conciliar sus ocupaciones y negocios con el estudio más tenaz. El número de sus obras es tan grande, que su lectura entera ocuparía muchos años de la vida de un hombre. Su *Historia Natural*, verdadera enciclopedia, acredita los vastos conocimientos de su autor.

5

Pasando un caminante por un lugar desierto, vio a un penitente solitario que trabajaba y miraba muchas

veces al cielo. –¿Haces de astrónomo? le preguntó al viandante. ¿Por qué en vez del trabajo, miras a cada momento al cielo? – Persigo lo mío. Quería decir que renovaba frecuentemente su intención de hacer por Dios el trabajo. Si hacemos el trabajo por Dios y bajo su mirada, podemos convertirlo en oración.

Nuestra vida es corta, hay que emplearla en algo bueno. En la Escritura Santa leemos: *«Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato, y todo eran cardos y hortigas... A su vista me puse a reflexionar; aquello fue para mi un lección»* (Prov. 24,30).

El por qué del dolor

El dolor o sufrimiento es inevitable, y como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía» y tan extendido está en el mundo que éste lleva el calificativo de «valle de lágrimas».

Nadie quiere sufrir porque la naturaleza humana se resiste a cuanto la contaría, pero el hecho es que nadie está ahora exento del dolor.

Dios no ha creado el dolor ni el mal, pues todas las cosas salidas de manos de Dios *«eran en gran manera buenas»* (Gén. 1,31). ¿Pues de dónde traen origen el mal y las desgracias? El origen del mal y de los sufrimientos: hambre, pestes, guerras, muertes..., son debidas al primer pecado y a los pecados personales de los hombres.

Por Adán, el primer *hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado el dolor y la*

muerte (Rom. 5,12). Por los pecados personales de los hombres vemos que Dios ha mandado grandes castigos sobre la tierra: vg. el diluvio universal lo mandó Dios porque la tierra estaba llena de iniquidad (Gén. 6,13) y el diluvio de fuego que destruyó las ciudades de Sodoma y Gomorra fue por que sus pecados de impureza clamaban venganza al cielo (Gén. 18 y 19), etc.

Otros males y enfermedades que sufren los hombres son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia, pues muchos sufren por glotonería (Eclo. 31,24 y 27; 37,33-34), por embriaguez por darse al deleite o placeres impuros.

***Textos bíblicos**: El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y está repleto de muchas miserias (Job 14,1). Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados, pero Este ningún mal ha hecho (Lc. 23,41). Todos los que quieran vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones (2 Tim. 3,12). Cristo padeció por nosotros... (1 Ped. 2,21). Habéis de alegraros en la medida en que participéis de los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo (1 Ped. 4,13).*

Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8,12). Pues por la momentanea y ligera tribulación, Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2 Cor. 4,17). «Por un hombre entró el pecado en el

mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5,12).

La cuestión del problema del dolor la veríamos con mayor claridad si pensáramos que la causa de muchas desgracias y miserias y enfermedades no es otra que el hombre. Como leemos en los Proverbios: *«La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios»* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

El misterio del dolor es posible exclarecerlo, pero sólo a la luz de los sufrimientos de Cristo, el Hijo de Dios. El quiso sufrir y morir para salvarnos, pues era tan grande la malicia del pecado, que sólo Él podía ofrecer al Padre una satisfacción cumplida por nuestros pecados. Notemos que Jesucristo es Dios y hombre a la vez, como hombre pudo sufrir, y como Dios dar a sus sufrimientos valor infinito de reparación.

Si preguntamos, ¿por qué quiso Dios así redimirnos mediante el sufrimiento de la cruz? Este misterio no tiene otra explicación que su gran amor a los hombres: *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que sea salvo para Él»* (Jn. 3,16-17).

El cristiano ante el dolor debe aceptarlo en satisfacción por sus pecados, abandonarse a la voluntad de Dios y orar así, como Jesucristo nos enseñó: *Hágase tu voluntad...»* y no escandalizarse porque el malo prospere y aparezca feliz en esta vida, mien-

tras el bueno pasa tribulaciones, pues la felicidad de los malos es aparente y pasajera...

El remedio contra el dolor es mirar a Jesucristo: «Mira a Jesús crucificado y no te quejarás». Contra la mordedura de esta serpiente del dolor, todo hombre atribulado debe levantar su mirada a Jesucristo puesto en la cruz, y oir que nos dice: *«Venid a mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas que Yo os aliviaré»* (Mt. 16,24)... La Vida es lucha, y *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21).

1

Ejemplos referentes al dolor

El Joven duque *Alberto de Baviera*, prometido de Inés Beranauer, la hermosa hija del alcalde Augsburgo, galopaba magníficamente por una pradera un día primaveral. En la puerta de una casa labriega divisó esta inscripción: «Yo tengo cruz y sufrimiento, y escribí esto con tiza. ¡Quien no tenga cruz y sufrimiento, borre esta estrofa!».

De buen humor mandó el príncipe a su escudero: «Ve y borra los versos. Yo soy el hombre que no tengo cruz ni sufrimientos». Mal de su grado cumplió el escudero la orden. Mas, apenas habían sido borradas las últimas letras, llegó un mensajero a toda prisa: «Duque, serenaos y no toméis a mal si traigo malas noticias». –¿Qué sucede? – «Vuestra prometida... ha muerto ahogada en el Danubio». El duque

permaneció inmovil, cual herido por un rayo, y después de mucho tiempo, antes de subir al caballo, dijo al escudero con voz trémula: «Ve y escribe de nuevo lo de la cruz y el sufrimiento». (Nadie en esta vida está excluido del sufrimiento).

2

Catalina Mansfield, que sufrió terriblemente durante largos años, al llegar su muerte, en 1923, escribió: «Quiero, antes de morir, hacer constar una verdad. Se puede superar el dolor... Hay que hacer del dolor un principio de vida. Todo lo que se acepta cambia de sentido. Así, el sufrimiento se cambia en amor; he aquí el misterio».

3

Jacinta, la menor de los pastorcitos de Fátima, cercana ya a la muerte, repetía: «¡Me gusta tanto sufrir por amor a nuestro Señor y a nuestra Señora! ¡Ellos quieren mucho a los que sufren para convertir a los pecadores!».

4

Un caso parecido es el de *Bertina Baumann*, una niña de trece años escasos, moría en 1935. Su madre a su lado, exclamaba a veces: «¡pobre niña!». Y la pequeña protestaba: «No es verdad, mamá. Soy rica estando así porque puedo ofrecer mucho más a Dios. Puedo estar más tiempo pensando en Él. Aprendió a

unir sus sufrimientos a los de Cristo. Misión sublime: por los misioneros, por ls infieles, por la conversión de los pecadores... Grande es el apostolado del sufrimiento. A Santa Teresita se le atribuye esta frase: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones».

5

Juan Pablo II en un discurso a los enfermos dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces no lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadlos a despertarse!...» y terminó exhortándoles a unir su dolor al Cordero de Dios, el cual mediante su Pasión «ha quitado el pecado del mundo». Y que, por tanto vosotros, asociados a Él en la pasión podéis ser corredentores de la humanidad»...

6

Santa Teresita del Niño Jesús, en la última fase de su enfermedad, cuando ya apenas tenía energías, se esforzaba en andar por el jardín. Se le preguntó el porque de aquellos esfuerzos y contestó: «Ando por un misionero. Pienso que allá lejos tal vez algún misionero se sienta agotado por sus correrías apostóli-

cas y ofrezco mis fatiga al buen Dios, para disminuir las suyas». (Véanse otros ejemplos sobre al apostolado del dolor en mi libro: «Ejemplos doctrinales»)

La Pasión de N. Señor Jesucristo

El misterio del dolor humano lo comprenderemos mejor a la luz de los sufrimientos de Jesucristo. ¿Cómo es posible que un Dios muera por el hombre? ¿Podremos darnos una idea de este gran misterio?

A este fin meditemos: ¿Quién es Dios y quién es el hombre? Dios es el sumo poder, la suma grandeza, la suma sabiduría, y el hombre es la impotencia, la suma debilidad y la suma dependencia del Creador.

Se comprende que el hombre haya sido creado para servir a Dios y sacrificarse por Él, y en esto consiste su dicha y su gloria; ...¡que un Dios que no necesita del hombre, se haya hecho hombre para sacrificarse y morir por el hombre! Esto es algo incomprensible.

Dios creó al hombre y al mundo, no para aumentar su felicidad o sus perfecciones, como dice el Concilio Vaticano I, porque ya era eternamente feliz, sino solamente para hacernos a nosotros felices...; pero pecamos, y en vez de castigarnos de una vez para siempre, determina salvarnos y a este fin se hizo el hombre para poder sufrir por nosotros y redimirnos.

***Textos bíblicos**: En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, en que Él dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16). Dios es caridad... Dios es amor (1*

Jn. 4,8 y 16). Lo que hace brillar más al amor de Dios hacia nosotros, es que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,9). Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito... para que el mundo sea salvo por Él (Jn. 3,16-17). Me amó y se entregó (a la muerte) por mi (Gál. 2,20). Fue víctima de propiciación por nuestros pecados y los de todo el mundo (1 Jn. 2,2).

Este misterio de la Pasión de Cristo, como podemos observar por los textos citados, sólo se explica a la luz del amor y de la misericordia infinita de Dios.

Jesucristo dijo que *«no había mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13)... Y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos?; y por si fuera poco, no derramar una sola gota de sangre, que hubiera sido suficente para la redención, por ser de valor infinito, sino toda.

¡Un Dios que sufre y muere por el hombre! Esta es la meditación y consideración continua de los santos y el más poderoso motivo de su amor y correspondencia al que tanto nos ama, y a esta luz se explica el valor de sufrimiento y el que haya almas que contribuyan con sus sufrimientos a desagraviar al Señor y hacer apostolado en bien de otras almas.

1

Ejemplos referentes a la Pasión de Cristo

Al ser admitido *San Lorenzo de Brindis* en el convento, en la primera entrevista que tuvo con el Padre

prior capuchino, éste le fue poniendo a la vista las mortificaciones de la Orden: comer pobremente, dormir sobre una tabla dura, etc, y le exhortaba a que volviese a casa, pues perteneciendo a una familia noble, no podría sobrellevarlas.

– Padre mio, le respondió el joven, en mi celda ¿tendré un crucifijo?

– Los hallaréis en vuestra celda y en todos los claustros del Convento.

– Entonces, padre, añadió resuelto el joven, abridme la puerta. con un crucifijo ante los ojos se puede sobrellevar todo.

2

El domingo de Pasión acude una muchacha de diez años al misionero (el P. Baetmann, en Abisinia), le besa la mano y le dice:

– Padre, ahora es el tiempo de la pasión, ¿Verdad?. Sí, hija. Pues le ruego que me de una estampa. Y ¿cuál prefieres? – Quisiera una en que se vea al Salvador con corona de espinas y el rostro ensangrentado.

– Y ¿por qué quieres precisamente una estampa así?

– Porque ahora es el tiempo de la Pasión, y por esto quisiera yo tener delante de los ojos día y noche la imagen de Cristo, para pensar siempre en Él, y acompañarle en su amargura hasta la Pascua.

3

El *Padre Pedro Fabre*, varón insigne de la Com-

pañía de Jesús, tenía merecida fama de gran director de espíritus. Un día se le acercó un caballero y le pidió le diera algunos puntos para meditar. El Padre le respondió:

– Hijo mío, a mi me basta con que haga esto: Algunos ratos al día, pienso: ¡Cristo en la cruz, en tanta pobreza, y yo en tanta opulencia! ¡Cristo sufriendo hambre y sed, y yo en tantos regalados banquetes! ¡Cristo desnudo, y yo costosamente vestido! ¡Cristo padeciendo horribles dolores, y yo metido entre tantas delicias!

– ¿Nada más que eso? – Nada más que eso. – El caballero se fue un poco desilusionado, mas a los pocos días fue invitado a una comida, y en medio de los manjares suculentos, de los vinos chispeantes, de las músicas, del vértigo de la diversión, se le vino a clavar el pensamiento: ¡Cristo con hambre y con sed, y yo aquí hartándome y embriagándome como una bestia!» Se le saltaron las lágrimas, levantose en silencio y se retirá a un claustro.

4

Pedía San Francisco de Asís un medio fácil y seguro para llegar a la santidad y oyó una voz que le dijo: «Abre el Misal».

Abrió el Misal y sus ojos toparon con aquellas palabras: *Passio Domini nostri Iesu-Christi... Pasión de N.S.Jesucristo...*

La meditación de la Pasión de Jesús es el medio de llegar a la santidad...

El hombre no piensa que se acerca la muerte...

De los «novísimos», dijo Pablo VI, hablan pocos y poco. El Concilio Vaticano II, sin embargo, nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno, que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleó reticencias (Mt. 25,41;22,13). Es menester tenerlos presentes: *«Acuérdate de los novísimos (de tus postrimerías) y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40). «Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria».

Por lo que hace a la muerte diremos que «es común a todos los hombres y es el final de la vida terrena». Es una consecuencia del pecado original (Rom. 5,12). consiste en la separación del alma y del cuerpo.

Como dice el cantar popular: «Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos».

El tiempo no es más que una carrera hacia la muerte: cada día morimos; cada día la muerte nos quita parte de nuestra vida (S. Agustín. De Civit. Lib. 13, c.10). «Voy de una tumba a otra tumba. Del seno de mi madre donde he estado encerrado nueve meses como en una verdadera tumba, voy a la muerte y al sepulcro». (S. Greg. Naz. Distich.).

***Textos bíblicos**: Está decretado que los hombres mueran una vez (Heb. 9,27). ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88,49). Por un hombre*

entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5,12). La muerte es estipendio o paga del pecado (Rom. 6,23). El hombre no sabe cuanto tiempo le resta, y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá (Eclo. 11,20). Dispón de tu casa, porque vas a morir (Is. 38,2).

La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34,2), y es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos (Sal. 115,15). Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de la muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14,12-15). Estad preparados... (Lc. 12,40).

Para saber vivir bien, hay que aprender a morir. La muerte es fruto del pecado, y ahora la muerte debe ser freno o remedio del pecado. La muerte, suerte común de todos los hombres nos da estas terribles lecciones:

– *Yo vendré y tu morirás*, quieras o no quieras. No podemos revocar la sentencia de la muerte. – *Yo te sorprenderé*. En la hora que menos penséis, cuando estés con más proyectos. – *Te despojaré de todo*, de todas las cosas, de la casa, de la familia... *Vivamos preparados*, y no estemos tristes como los que no tienen esperanza del cielo, pues, «la vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrena, conseguimos una mansión eterna en el cielo» (liturg. de la Iglesia).

Los Santos: San Pablo decía: Deseo morir para es-

tar con Cristo (Fil. 1,23). *Santa Teresa de Jesús*: «Yo quiero ver a Dios, y para verlo es necesario morir». *Santa Teresa del Niño Jesús*: «Yo no muero, entro en la vida.» Vivamos con la esperanza de la vida eterna. ¿Quieres no temer la muerte? Ama a Dios de todo corazón y no temerás ni la muerte, ni el juicio ni el infierno...

1

Pensamientos referentes a la muerte

He aquí el ejemplo de algunos al morir: *Luis IX, el Santo* (m. 1270) poco antes de morir dijo: «Nunca hubiera creido que fuera tan fácil sea morir». Y se durmió en el Señor con una sonrisa en los labios. El *P. Francisco Suarez*, gran teólogo dijo frase algo parecida: «Nunca hubiera creido que fuera tan dulce el morir». El *P. de Ravignan*, al punto de morir, exclamó: «¡Morir! ¡qué dicha! La he deseado quizá demasiado; pero Dios sabe que más que por dejar de sufrir, por ir a verle en el cielo». De una carta de *Aparisi Guijarro*: «Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, gran Dios!. Tu te compadeciste del hombre y abreviaste sus días sobre la tierra: postrados sólo en tu presencia, te damos gracias. La muerte es libertad... Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles».

2

Se refiere de *San Carlos Borromeo* que, teniendo

en sus habitaciones un cuadro que representaba la muerte como esqueleto con la guadaña en la mano, lo hizo corregir, ordenando que la muerte apareciese en forma de ángel teniendo una llave de oro en la mano, porque ella nos abre la puerta del cielo.

3

A *Teresita del Niño Jesús* al acercarse su muerte, el Capellán le preguntó: «¿Está usted dispuesta a recibir la muerte con conformidad?. Ella le contestó: «Padre, me parece que solamente para la vida es necesaria la conformidad, el pensamiento de la muerte me llena de alegría»…

4

Exactamente a la una y veintidós minutos de la mañana del 26 de febrero de 1943 exhaló su último suspiro en la silla eléctrica del Estado de Kentucky, el bandido *Tom Penney*. El Capellán Thomas Libs, en 27 de febrero , al día siguiente de la ejecución, escribió a la madre del ajusticiado: «Creo que nunca he visto ni veré una muerte más hermosa que la de su hijo. Todo cuanto me es posible decirle es que Tom murió como debe morir un buen católico. Pasó sus últimas horas en un espíritu de recogimiento absoluto, con el pensamiento puesto en Dios... Quisiera hacer la apología de su hijo para levantar otra vez su corazón, señora Penney; pero sólo puedo decirle que era una de las almas más santas que he encontrado en mi vida... Estaba tan bien prepa-

rado, que no pude menos de decirle que mi mayor deseo sería estarlo como él cuando me llegase la hora».

5

Cayó mortalmente herido el mariscal de Villars en la batalla de Malplaquet. Había pedido que le administrasen los últimos sacramentos, y alguien sugirió la idea de que la ceremonia se celebrase en secreto.

A ello se opuso el bizarro militar diciendo: «Ya que el ejército no ha podido ver al mariscal Villars muriendo como valiente, que le vean morir como buen cristiano».

6

Si un médico sabio te auscultara, te examinase parte por parte y después pronunciara la sentencia de sólo te quedaban ocho días de vida, dime: ¿Qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar aún muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos?¿Quitar muchas defectos de tu alma? ¿Lavar muchos pecados? ...¡Cuántos no piensan en la muerte y les sorprende en pecado mortal y condenarse para siempre!

Dice Kempis: «Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes, pero si sois prudentes,en todas partes la esperaréis vosotros».

Vuestra recompensa es grande en el cielo

Jesucristo en el semón de la montaña, después de

decir: *«Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren, los limpios de corazón...»*, añadió *«Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo»* (Mt. 5,1 ss). Hoy apenas se piensa en el cielo. Hay mucho materialismo. El comunismo ateo pone su paraiso en la tierra. Niegan el más allá; pero es necesario reconocer que «estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. m.), y por tanto que hay otra vida después de ésta.

Jesucristo nos habla con frecuencia de la vida eterna, y así dice: *«Los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 25,26) y para lograr el cielo tenemos que ir, como Él también nos dice, por el camino de los mandamientos: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

«Toda la Sagrada Escritura, como afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (Lib. de Civit.).

El cielo, morado de Dios y de los santos que parten de este mundo, es una realidad de la que nos habla la Sagrada Escritura a cada paso y en ella leemos que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo»* (Hech. 14,22)

No dudemos que hay cielo, que hay otro mundo, que esta vida tiene una continuación más allá de la tumba, y si queremos ser felices, debemos encaminarnos presurosos al reino de los cielos, enseñando por Jesucristo.

Textos bíblicos: *Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha por mano de hombre (2 Cor. 5,1). Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2,25). Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt. 5,8). Jamás los impúdicos poseerán el reino de Dios (Gál. 5,21).*

Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt. 5,12). Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25,46). Allí estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4,17) y le veremos tal cual es (1 Jn. 3,2), cara a cara (1 Cor. 13,12). En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Yo voy a prepara lugar para vosotros (Jn. 14,2). Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra (Heb. 11,13). No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13,14).

El reino de los cielos sobrepuja en grandeza a todo lo que pueda decirse; es superior a todos los elegidos, y aventaja a todas las glorias imaginable s(S. Agustín. Lib. de dilig. Deo, c.18). La dicha del cielo es indescriptible: *«Ni el ojo vio, ni el oido oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (2 Cor. 2,9). En el cielo está la posesión de todo bien y exclusión de todo mal *«ya no habrá más hambre ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, ni habrá ya muerte, ni llanto ni dolor»* (Apoc. 7,16; 21,4).

El Concilio de Lyon II nos dice: «Las almas de los que después de recibir el santo bautismo no contraje-

ron ninguna mancha de pecado, y las almas que después de contraer mancha de pecado, peregrinando aún en cuerpo mortal o separadas de éste... se han purgado, son recibidas inmediatamente en el cielo». (Dz. 464).

Pensemos que los bienes de la tierra son pasajeros y vanos. El cielo lo hemos de conquistar con el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, aspirando a los imperecederos y eternos. «La tierra, dice San Agustín, no es más que un destierro, una cárcel, y sin embargo esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la Patria?». ¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo! exclamaba San Ignacio de Loyola.

Tengamos siempre presente estas palabras de Jesucristo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17). Este es el camino de la felicidad eterna.

1

Ejemplos referentes al cielo

Monseñor Dupuy, obispo de Argel, fue llamado un día a visitar a una enfermita pobre que hacía meses guardaba cama consumida por la fiebre de una horrible úlcera en el pecho. «Hija mia, le dice el prelado, ¿cómo puedes aguantar tan terribles dolores?

– Mirad, señor, contestó la enfermita señalando un ventanuco entreabierto: Este trocito de cielo que desde aquí se ve me da fuerzas y consuelo.

Cuando pases alguna desgracia, levanta tus ojos

al cielo. La esperanza del premio eterno te dará fortaleza y resignación. *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo»* (Hech. 14,21).

2

«¡El cielo, el cielo!», repetía **Bernardita Soubirous**, cuando sufría a mares en su enfermedad. Se dice que hay santos que no fueron a él derechamente porque no lo han deseado bastante; no será éste mi caso. Vamos al cielo, trabajemos, suframos por el cielo. Todo lo demás es nada.

3

Enrique VIII, rey de Inglaterra, estuvo mirando una noche, en compañía de Ana Bolena, el cielo estrellado. Ella rompió el silencio: ¡Cuán hermoso es el cielo! Y más hermoso será aún más allá de las estrellas junto a Dios». El rey inclinó avergonzado la cabeza diciendo: «Ana, el cielo no es para nosotros». ¡Cuántos en la vida, lo tienen todo como el rey apóstata: poder, riquezas, placeres, pero, desgraciados de ellos, porque por no quererse desprender de las riquezas y del pecado, tienen que decir: «¡El cielo no es para nosotros!....»

4

O'Connell, el libertador de Irlanda, el ardoroso patriota, dirigiéndose a Roma, murió en Génova (15-5-1847). Había pasado los dos últimos días en oración. Su última disposicón fue ésta: «Dejo mi cuer-

po a Irlanda, mi alma al cielo, mi corazón a Roma»...

5

Uno que visitó la magnífica catedral de Diakovar (Croacia), se encontró a la salida con un pordiosero miserablemente vestido. El turista poco amigo de la Iglesia, le preguntó: «Oiga, propiamente ¿qué piensa usted del lujo que hay allá dentro, en el interior de la iglesia?». El pobre le dio esta hermosa respuesta: «¡Ah, mi buen señor, yo rezo muchas veces por nuestro obispo, que nos ha edificado la hermosa iglesia. Así tengo también yo acá abajo en la tierra una idea de lo hermoso que será todo allá arriba en el cielo».

6

El infeliz Lutero (1546), que primero fue religioso y después llevó una vida de pecado, apostatándo de la religión católica, pensaba en el gran mal que había hecho y en la pérdida del cielo.

Se cuenta de él que una noche, mientras miraba al cielo estrellado, lleno de remordimientos, al igual que Enrique VIII, exclamó: «¡Qué hermoso es el cielo, pero ya no es para mi!».

El cielo ciertamente no es para los desesperados y que viven en pecado sin arrepentirse. *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*, y los que no se arrepienten de su pecado y se alejan de Dios, su destino no es otro que el infierno, la separación definitiva a Dios.